

LAS CRÓNICAS DE TITO VALERIO NERVA · I

MISIVA DE SANGRE

SERGIO ALEJO GÓMEZ



En el año 26 a. C., tras haber acabado con todos sus oponentes dentro de Roma, Augusto envía a la IV Legión Macedónica a Hispania para someter, junto a otras, a las tribus cántabras y astures que se mantienen todavía fuera de la órbita de la poderosa República.

Tito Valerio Nerva y sus camaradas, pertenecientes a dicha legión, se verán envueltos de manera fortuita en una situación con la que no contaban y que los llevará a tener que ir más allá de sus deberes como soldados.

La misteriosa desaparición de un funcionario del interior de su campamento hará que el legionario emprenda una carrera contrarreloj para tratar de dar con él. En su afán por encontrarle, irá sumergiéndose en una oscura trama que tiene por objetivo atentar contra la vida del hombre más poderoso de la República.

De la mano del legionario romano Tito Valerio Nerva nos trasladamos hasta uno de los períodos más convulsos y sangrientos de la historia de Roma: el final agónico de la República y la transición a lo que será el Imperio.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar me gustaría dar las gracias a todos los que me han prestado su apoyo de manera desinteresada y me han infundido ánimos para poder llevar a buen puerto este gran reto. A todas esas personas que me han ido animando a continuar con la historia y que, en lugar de desalentarme ante la magnitud del desafío, me han infundido ganas y motivación para poder finalizarlo. A todos aquellos que me habéis escuchado explicar historias muchas veces, que habéis aguantado las anécdotas que os explicaba con pasión, y que supongo que en determinados momentos habéis hecho ver que os interesaban. A todos sin excepción va dedicada esta historia, que espero que sea de vuestro agrado.

En segundo lugar, pero no por ello menos importante, debo agradecer el apoyo, la comprensión, y sobre todo la paciencia a la persona que ha estado a mi lado en todo momento, viendo madurar y crecer el proyecto desde sus inicios. Esa persona que me ha ayudado cuando no encontraba la inspiración de las musas, la misma que en ocasiones se ha metido tanto en el relato para ayudarme que me ha permitido ver las cosas con más claridad: mi mujer Laia. Cuya fuerza y ánimo ha sido de tal magnitud, que sin ella quizás las cosas no habrían salido tan bien como esperaba. Cariño, sabes que eres muy especial para mí y que sin tu apoyo esta aventura no se habría podido completar. Gracias por entender la necesidad que tenía de llevar a cabo este desafío.

Adicionalmente me gustaría dar las gracias a Héctor Escobar, de la editorial EOLAS por confiar en mí a la hora de

embarcarse en este proyecto. Estoy convencido que los dioses están de nuestro lado y que todo saldrá genial.

No me gustaría concluir este apartado sin recordar a todos los que me han facilitado las cosas a la hora de llevar a cabo la presentación y divulgación de esta, mi primera novela. Gratitud por la confianza depositada en los que empezamos en este complicado mundillo. No os enumero individualmente a todos porque la lista sería muy larga, aunque sé de sobra que os daréis por aludidos.

Sin más dilación, os dejo con la obra, espero que sea de vuestro agrado y que os sumerjáis de pleno en la sociedad romana del siglo primero antes de nuestra era.

SERGIO ALEJO GÓMEZ

Audentes fortuna iuvat
(La fortuna sonrío a los audaces)

Virgilio, *Eneida*. Libro X, verso 284

HISPANIA AÑO 27 a.C. (ANTES DE LAS GUERRAS CÁNTABRAS)



PRÓLOGO

TARRACO, PRIMAVERA DEL AÑO 26 A. C.

Hacia poco que había salido el sol cuando las primeras naves se divisaron en el horizonte, eran las más ligeras, las que transportaban los pertrechos, las monturas y el avituallamiento de las tropas. A medida que se acercaban a la costa iban aumentando, tanto en tamaño como en número, y los ciudadanos agolpados a lo largo del espigón del puerto cada vez distinguían con más claridad los estandartes que ondeaban en los mástiles y las cubiertas de todas ellas. Se trataba de los estandartes de la República romana, de color rojo y en los cuales iban bordadas las letras SPQR en dorado. Aquellos estandartes simbolizaban el poder de la máquina militar más potente del mundo conocido, una máquina que había derrotado a todos los ejércitos que se habían cruzado a su paso y que no había sido vencida por ninguno de ellos.

Cuando las naves ligeras se hicieron más grandes, tras ellas en el horizonte se pudieron divisar las naves de guerra, imponentes y veloces avanzando con las inmensas velas desplegadas, a un ritmo constante, manteniendo una formación ordenada. La flota consular había salido de puerto el primer día del mes de mayo, cuando la temperatura empezaba a ser más agradable y la navegación entrañaba menos riesgo. Se movilizaron más de setenta y cinco naves de guerra, a las que acompañaban unas ciento treinta embarcaciones ligeras, todas ellas encargadas del transporte de las tropas. Las legiones elegidas fueron la II, la IV y la VI, y entre todas ellas sumaban un total de quince mil novecien-

tos hombres aproximadamente, a cuyo número se debía sumar casi el mismo de *auxilia*^[1]. En el momento en que las naves partieron de Ostia^[2], las órdenes que habían recibido los comandantes eran precisas: una vez las tropas estuvieran desembarcadas, debían reunirse lo antes posible con el mismísimo Augusto, que encabezaba la campaña personalmente, a las afueras de la ciudad de Segisamo. Ese era el punto que el emperador había elegido como base de operaciones de las legiones que iban a participar en la campaña militar contra los pueblos cántabros. El cónsul esperaba la llegada de los refuerzos que se iban a sumar al resto de legiones bajo su mando que ya llevaban tiempo luchando en la parte más salvaje de la provincia de Hispania.

Al legionario Tito Valerio Nerva no le gustaba navegar, desde pequeño detestaba montar en barca, no se sentía seguro y le atemorizaba la posibilidad de caer al agua y ser engullido por cualquier bestia que allí habitase. La oscilación de una nave surcando cualquier tipo de superficie acuosa le provocaba incomodidad, y a veces una sensación de mareo que le removía las entrañas. Por eso, cuando la centuria en la que servía fue informada por su oficial del destino asignado y de cómo se llevaría a cabo el traslado, se le tensaron todos los músculos del cuerpo y le cambió el color rosado habitual de su cara, tornándose ligeramente más blanquecino. Como sus compañeros más veteranos eran conocedores del miedo que sentía, no pudieron evitar reírse a su costa durante un buen rato, cosa que le molestó bastante ya que ellos no podían llegar a entender lo mal que lo pasaba. De hecho no era la primera vez que le sucedía algo similar, aunque prefería no recordar momentos de su vida tan desagradables. Sin duda era extraño que un joven que había nacido y se había criado en una ciudad portuaria como era Brundisium^[3], en primera línea de costa y que poseía una enorme flota pesquera, tuviera ese pánico al mar. Ya de pequeño, a diferencia de otros chicos, se sen-

tía más seguro con los pies en tierra firme que subido en una barca, pese a que en su familia había una larga tradición de marinos que se pasaban días enteros fuera de casa en alta mar faenando. Él prefirió más aprender el oficio de su padre, que había sido también una excepción dentro de su estirpe, y se puso a trabajar en la forja, como aprendiz suyo. Eso le ayudó a desarrollarse físicamente, a la par que le permitió tener acceso a las armas, las cuales usó para entrenarse desde muy temprana edad. A pesar del sacrificio y las horas que tuvo que dedicar al pesado oficio, la experiencia que adquirió le sirvió para convertirse en el hombre que era ahora, y nunca pensó que el hecho de alistarse en la legión le supondría tener que lidiar con su viejo enemigo: el mar.

El viaje se hizo largo y pesado, y el hecho de no poder retener en el estómago casi nada de lo ingerido le supuso un problema difícil de solventar, por lo que casi no probó bocado en los días que duró el viaje. Tuvo que conformarse tan solo con ingerir líquido, tanto agua como la cantidad de vino que el servicio le permitía. Aquella vez le había sido imposible hacerse con el remedio de hierbas que tan bien le iba, y que le había suministrado años atrás un médico militar que servía en su legión. No era habitual que las tropas se embarcasen con tanta prisa, aunque en esta ocasión las órdenes habían llegado de manera apresurada, por lo que no tuvo el tiempo suficiente para encontrar a ningún herbolario que le pudiese vender el preparado, ya que según le dijeron aquellos a los que acudió, la planta que se usaba para su elaboración se recogía a finales de verano. Su oficial al mando, el centurión Publio Salonio Varo, un hombre de disciplina férrea, veterano de cien batallas y soldado de nacimiento, era conocedor del problema que sufría.

Pese a ello, Tito Valerio prefirió no decirle nada ya que con toda seguridad este le hubiese gritado a la cara, delante de sus compañeros, cualquier sandez que lo habría hecho quedar como un recluta recién incorporado. Decidió

pues afrontar la adversidad lo mejor que supo y cuando llegaba la hora de comer, si no le apetecía demasiado prefería no forzar su estómago y entonces entregaba sus gachas a alguno de sus compañeros, que no solían hacerle demasiadas preguntas y agradecían una ración extra que llevarse al estómago. Por ese motivo, cuando la nave llegó a puerto, Tito Valerio se sintió mejor, para él fue un alivio que el viaje finalizase en aquel momento, ya que casi no le quedaban fuerzas ni ánimos para mantenerse en pie.

A la orden del centurión Salonio, todos los soldados de la segunda cohorte recogieron el equipo personal y se lo echaron al hombro para bajar del barco de forma ordenada. La cubierta de la nave, pese a ser bastante grande, había albergado a varias centurias de la IV legión durante los últimos días, y eso significaba muchos hombres apiñados, cosa que se notaba en el estado en que esta había quedado. En ese momento no era el lugar más higiénico en el que un hombre pudiese encontrarse. Los oficiales al mando no paraban de dar instrucciones a los hombres para que fueran más diligentes en el paso y no se parasen, ya que la pasarela era estrecha y como mucho permitía el paso de tres soldados a la vez. Si no se movían con presteza, lo más probable era que se produjesen atascos, que harían que se tuviesen que parar todos los que estaban en movimiento, e incluso era posible que si los hombres no iban con precaución alguien sufriese algún percance. Tito Valerio estaba casi a punto de llegar a la pasarela de desembarco cuando pudo ver cómo unos pasos más adelante de su posición uno de los oficiales al mando de otra de las centurias se acercaba a una fila de soldados y propinaba un golpe con la empuñadura de su *pilum*^[4] en el casco a uno de sus soldados, que se había quedado parado y había provocado que los que iban detrás tuvieran que detenerse bruscamente.

La situación que experimentó ese legionario no era nueva para cualquier hombre que llevase tiempo sirviendo bajo

los estandartes, ya que era habitual observar escenas de este tipo, sobre todo cuando las órdenes habían sido claras y alguien no las había cumplido con la presteza exigida. Se trataba de la disciplina de la legión y al que no le gustase, pues mala suerte, que se lo hubiera pensado antes de alistarse, ya que los años de servicio eran muchos, exactamente veinte, número suficiente como para morir en combate o como para que alguna herida mal curada o infectada acabase contigo, o incluso para que murieses por cualquier enfermedad extraña en la más remota de las provincias. Si eso sucedía el Estado se ahorrraba la paga de jubilación, que por aquel entonces era de unos tres mil denarios^[5]. Aparte, tampoco se le tendría que conceder al afortunado una parcela de tierra en alguna colonia, como tampoco ciertos privilegios como ciudadano romano.

Al llegar a la pasarela, tanto Tito Valerio como sus compañeros cercanos entendieron por qué el legionario que recibió el regalo del oficial se había quedado parado. En su corta vida de soldado, y que se acercaba ya a los cinco años, nunca había presenciado una escena similar. Desde lo alto de la nave observó cómo las tropas iban descendiendo por las pasarelas y los hombres empezaban a formar de manera ordenada en el espacio habilitado en el mismo puerto. Era sin duda un espectáculo digno de admirar, y entendió al hombre que se había detenido para observar la magnificencia de la panorámica. Ver a miles de soldados descender en largas filas y formar con tanta rapidez de una manera tan ordenada llamaba la atención de cualquiera, y si un legionario se quedaba estupefacto ante tanta perfección no quería imaginarse lo que debía de pensar alguien que no estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones. Como veterano que era, Tito Valerio prosiguió la marcha sin detenerse y bajó la pasarela del barco sin perder el paso. Una vez puso sus pies en tierra firme respiró aliviado, y una sensación de tranquilidad invadió su cuerpo, hasta tal punto que se dibujó una enorme sonrisa en su cara. Entonces

su camarada y amigo Lucio Aurelio Druso, que formaba a su izquierda, le dijo:

—Valerio, ¿a qué viene esa sonrisa?

A lo que este respondió:

—Nada, cosas mías, ¿es que no puede un hombre alegrarse de haber llegado a su destino sano y salvo?

Este le miró con cara de no saber qué contestar, y prefirió no perder tiempo en intentar averiguar qué le sucedía a su amigo, lo importante era que esa era la primera vez que lo había visto sonreír desde que abandonasen el puerto de Ostia una semana y media atrás. Cuando la primera centuria de la segunda cohorte al completo estuvo formada en tierra, el centurión Salonio gritó la orden de que los legionarios quedasen en posición de descanso a la espera que el resto de centurias que conformaban la IV legión Macedónica acabasen el desembarco y ocupasen sus posiciones. En ese preciso momento, a uno de los legionarios recién incorporados a la centuria, de nombre Quinto Licinio Metelo, se le escapó de las manos el *pilum* y cayó al suelo provocando un ruido que llamó la atención a todos los presentes. El primero en escuchar el estruendo fue el mismo oficial, que reaccionó de manera inmediata. Se dirigió a paso ligero hacia el joven recluta, que ya estaba agachado intentando recuperar su jabalina lo más rápidamente posible. Su rostro, otrora de satisfacción por la correcta realización de la maniobra de formación, se había transformado en una mueca iracunda, y de su boca empezaba ya a salir una ristra de insultos tan extensa que ningún ser humano sería capaz de memorizar. Cuando estuvo al lado del legionario le gritó:

—Legionario Licinio, ¿es que no has aprendido nada en todo este tiempo? ¿Sabes lo que les pasa a los soldados que no son capaces de aguantar con firmeza su *pilum*?

El legionario, con voz temblorosa, contestó a su superior:

—Sí, centurión, lo sé, que se quedan desarmados.

Al oír esa respuesta, Salonio alzó su vara de mando y propinó un duro golpe al legionario en las costillas mientras le decía:

—Pues te equivocas, maldito siracusano, lo que les pasa es que los matan. Los matan como cobardes... Y en la IV no formamos ni queremos cobardes. ¿Lo has entendido? — le gritó mientras colocaba su cara a escasa distancia de la del asustado soldado.

En ese momento el resto de la centuria se cuadró y se puso firme, ninguno de ellos osó moverse ni un centímetro ya que todos conocían el mal carácter de su centurión. Sabían que no permitía errores, ni durante el entrenamiento, ni en el transcurso de una batalla. Valerio y el resto de veteranos conocían los arranques de furia de su superior, pero los nuevos legionarios que se habían incorporado recientemente desconocían su dureza y extrema disciplina. Eso les hacía frecuentemente equivocarse a la hora de dar respuestas a las preguntas que este les hacía, cosa que le enfadaba más aún. Lo que los nuevos no sabrían hasta el momento en el que entrasen en combate bajo su mando, era que gracias a esa rectitud y extrema disciplina el centurión se había mantenido vivo durante los doce años que llevaba de servicio, y que a su vez había ayudado a que muchos de los hombres que estaban allí en aquel momento no hubiesen ido a reunirse con sus familiares muertos al Elíseo^[6] antes de tiempo. Estaba claro que Salonio era un oficial frío y poco dado a las relaciones sociales, y rara vez se le había visto mantener una conversación con alguien más larga que el tiempo que necesitaba un legionario sediento en tragarse su ración de vino diaria.

En cambio, en el campo de batalla era una auténtica máquina de combate, luchaba con una ferocidad sin igual y repartía estocadas sin titubear. Parecía que jamás se le agotaba la energía, y que su resistencia era infinita. Así mismo, tenía la virtud de ser capaz de tomar decisiones difíciles en momentos críticos y la presión no parecía afectarle, hasta el

punto que rara vez se equivocaba. Muchos de los hombres que servían a sus órdenes habían sido salvados en alguna ocasión de morir gracias a su arrojo. En el campo de batalla era el mejor compañero que podías tener a tu lado, esa frialdad y esa distancia que se perfilaban como rasgos de su personalidad habitual desaparecían cuando entraba en combate y se transformaban en valentía y heroicidad, convirtiéndose en un referente a seguir por sus hombres, que le seguían en el combate con una fe y confianza ciegas.

Fue entonces cuando a Valerio le vino a la memoria la primera vez que su centurión le salvó la vida. Por aquel entonces no era más que un recluta novato, un recién llegado, que no dispuso de tiempo suficiente para llevar a cabo su instrucción, viéndose envuelto en uno de los más cruentos enfrentamientos armados de la historia de la maltrecha República romana. Recordó cómo ese hombre aquel día le demostró que estaba hecho de una pasta diferente al resto, y pensó que si este se lo pidiera sería capaz de luchar a su lado hasta en las mismísimas puertas del infierno, hasta que no le quedase ni un aliento de vida...

CAPÍTULO I

MAR ADRIÁTICO, FRENTE AL GOLFO DE AMBRACIA, 30 DE AGOSTO DEL AÑO 31 A. C.

El día en que Tito Valerio Nerva fue destinado a servir en la primera centuria de la segunda cohorte de la IV legión Macedónica, no se podía llegar a imaginar que su primera batalla se libraría en el lugar que más temía: a bordo de una nave de guerra y a varios estadios^[7] de distancia de tierra firme, en el lugar en que menos seguro se sentía. Sus peores pesadillas se hacían realidad. No dejaba de pensar en que si hubiese querido estar en el mar de manera voluntaria se habría alistado en la marina. ¿Qué hacía pues a bordo de un navío de guerra, preparándose para una batalla naval? ¿No formaba parte de la infantería? ¿No podían los generales haber elegido un terreno más favorable para el desarrollo del choque? ¿Por qué la IV no había sido una de las legiones elegidas para quedarse en tierra custodiando el campamento? No le paraban de venir preguntas de este tipo a su cabeza, la legión romana era insuperable en tierra firme, de eso no cabía duda. ¿Pero a bordo de barcos de guerra? ¿Qué manera era esa de luchar? ¿Y de morir? Las posibilidades de morir se multiplicaban, no solo a causa de una herida producida por un arma enemiga, sino que había infinidad de maneras de perecer, ya fuese cayendo por la borda, ahogándose pese a saber nadar por el peso de la armadura, quemado por algún proyectil de catapulta, o lo que era peor, ahogándose en el interior de una nave que se